



DRA. MARÍA LAURA MARTÍNEZ
Secretaria del Juzgado de Primera
Instancia de Distrito en lo Laboral
de la 5ª. Nominación, Rosario

Los socios vitalicios

El Jefe

–Pasame más diario –dijo Yago al Jefe. El fuego no iba a encenderse nunca, ya no era época para la parrilla, pero la garrafa se nos había acabado una semana atrás.

Pederneschi decía que iba a recibir un dinero de sus parientes de Italia y que con eso se solucionaría lo de la garrafa. Pero el dinero –lo sabíamos– no llegaba nunca: cumplía la función de relevarlo de buscar trabajo.

Salíamos todos los días. Pasábamos por el kiosco a mirar los clasificados, después iniciábamos el ritual de la derrota: una cola de una o más cuerdas compuesta por un cuarenta por ciento de fracasados, un treinta de hombres y mujeres jóvenes con buena presencia, un veinte de «niños bien» en conflicto con sus padres, un diez de nuevos profesionales a la deriva.

Estábamos entre el cuarenta por ciento: nos ofrecíamos tanto para *delivery*, serenos, porteros de edificio, como para telefonistas, administrativos o vendedores de lanchas. El grupo de jóvenes con buena presencia era mutante: chicas bien vestidas, uñas prolijas; chicos de corte de pelo moderno, todos con conocimientos de inglés y computación. Los «niños bien», si hacía frío o llovía no salían a

buscar trabajo. Y los profesionales no hablaban con nadie, a veces hacían cola un par de horas y se iban.

El Jefe ya casi no salía. No le decíamos nada. Le debíamos el estar ahí, tener casa y comida. Él había decidido la ocupación del club, después de estudiar la situación legal; había dispuesto las normas de organización, que aceptábamos y respetábamos.

Nuestra vida en el club era provisoria, pero era la única que teníamos. Era cierta el agua que nos mojaba los pies esa noche. Pero era mejor que la intemperie y así estábamos acompañados hasta que pudiéramos enderezarnos.

Entonces volvíamos al mediodía, en verano con sed y gusto a sal, después de haber olido los asados de los albañiles, y deseado los daiquiris de las señoras que pasean sus perros por los bares de la ciudad. Ahora –en el invierno– con voracidad por un plato caliente: ravioles con estofado, una sopa.

–No hay más –dijo el Jefe.

El Mono

–¿Y cómo hago? Esto no prende. Vamos a comer a las tres de la mañana –dijo Yago.

–Vos sos el encargado. Deberías tenerlo

previsto –dijo el Mono.

–No sé a quién le tocaba hoy, pero los chicos tienen hambre. Vos, Mono, hacé algo, no los quiero llevar otra vez a lo de mi tía –dijo Mirta, mientras untaba panes con picadillo.

Los chicos comieron los panes y el Mono y Pederneschi seguían con el truco.

El Mono hacía lo que podía. Con el truco había desarrollado un refugio eficaz contra la balacera de Mirta. Miré las brasas agonizantes sabiendo que no iba a haber cena. Los chicos corrían alrededor de la sombrilla de *Sprite* que servía de paraguas y de sarcasmo: no era verano, no había sol, no podíamos comprar una *Sprite*.

Silvio

Sin cena y con el frío iba a ser más difícil dormir. Desde que mi mujer se había ido me costaba más. Los primeros días la llamaba, aunque no la extrañaba, no le perdonaba que se hubiera llevado a Santi sin decirme nada; ella decía que allá tenía un futuro, que su hermana la podía ayudar, y que apenas ahorrara unos pesos me lo traería; que estaba lindo y ya dibujaba muñecos con dedos y pantalones. Del desalojo no le conté nada. El Jefe me había aconsejado así, por si había alguna esperanza de volver.

Después empezó a atender la hermana, y yo gastaba mucha plata en llamadas. Así que en lugar de llamarla para que me explicara que allá tenía un futuro empecé a tratar de entenderlo yo. Y a Santi podría verlo si me salía algo en el hipódromo, podría ir en tren en las vacaciones y ayudarle a buscar una buena escuela.

Faena

Mientras Yago trataba de avivar el fuego, mirábamos a Zoca amamantar. *Trasmiten una paz oceánica*, dijo Faena.

A Faena le gustaba decir cosas como esa, lindas y complicadas. Las decía con impunidad, como si fuera lo más natural del mundo decirlo una noche como esa, en medio del frío y la lluvia, el fuego que no se encendía, Pederneschi que seguía prometiendo lo de la garrafa, el Jefe que no había podido comunicarse con el síndico. Le habíamos puesto Alan Faena porque decía esas cosas.

–Pero ése es un tipo de la moda –había protestado Yago.

–Por eso, cuando se pongan de moda esas frases, él pasa al frente como Alan Faena –determinó el Jefe.

Zoca y Pederneschi

Zoca acostó al bebé. Pederneschi apoyó la cabeza en sus rodillas y ella le acariciaba la frente. No sabíamos cómo era la historia entre esos dos. No sabíamos si

ella tenía permiso de residencia, ni de su pasado, ni si el chico era de Pederneschi. Pero Mirta la había aceptado, eso bastaba. Al principio lo habíamos hecho por Pederneschi, pero después le tomamos cariño. Y un bebé era como una promesa que todavía podía cumplirse.

Me gusta, es decorosa, me había dicho Faena una vez. Lo único que nos faltaba, le dije, *un quilombete sentimental. No jodamos con eso, ya tenemos bastante de todo*. Me contestó que era *una opinión desde el punto de vista contemplativo*. Pero yo lo conocía bien y no le creí. Para contemplar uno iba al balneario o a la peatonal. Pero no se mira a la mujer de un amigo.

Yago

–Silvio, andate hasta lo del viejo y pedile diarios, y si tiene algo de alcohol –me pidió Yago.
–¿En qué sentido? –pregunté.

–Alcohol etílico, –digo– para el fuego, mirá si vas a ir a las diez de la noche a pedirle whisky escocés, y ya que estás algo para la sobremesa también y el *Corriere della Sera*. Dale, nene, andá, dale.

–No me da más la cara. Y el viejo no se enoja nunca, eso es peor. Preferiría que me dijera *andate a la mierda*, o que no atendiera. Qué se yo. Pobre viejo.

Mirta

–Y si no tiene con quién hablar –dijo Mir-

ta- lo mejor que le puede pasar es que vayas vos y le pidas algo; él te cuenta que no ganó a la quiniela y que el ferretero tiene la vereda que es un desastre; y vos traés más diario, un poco de alcohol y vemos qué pasa con el fuego. Y vos, Yago, ¿así andás con las mujeres? No pegás una entonces.

Escuché los últimos ecos de las voces que se perdían en la noche con el punto del foquito y la sombrilla de *Sprite*. Salí del club. Levanté el cierre de la campera y me peiné con los dedos. Caminé hasta lo del viejo.

Me apoyé en la reja y encendí un cigarrillo.

No había luz en la casa, el viejo no estaba o dormía. Casi seguro dormía. Cualquiera –fácilmente– podría saltar la verja y entrar por el patio, sacar lo que quisiera, y hasta entrar en la casa. El viejo ni se enteraría.

La llovizna ondulaba en ráfagas plateadas.

Pasó el 110 con tres pasajeros. Uno era un chico con auriculares, me miró hasta que nos perdimos de vista. Pensé que ése iba a ser el único cruce de nuestras vidas, en cuántos cruces de esa clase componen una vida. Eso era una frase para Faena y no tenía para anotar.

Apagué el cigarrillo en la vereda. Toqué el timbre y esperé. El viejo se asomó por detrás de la cortina floreada, abrió la puerta, me sonrió.